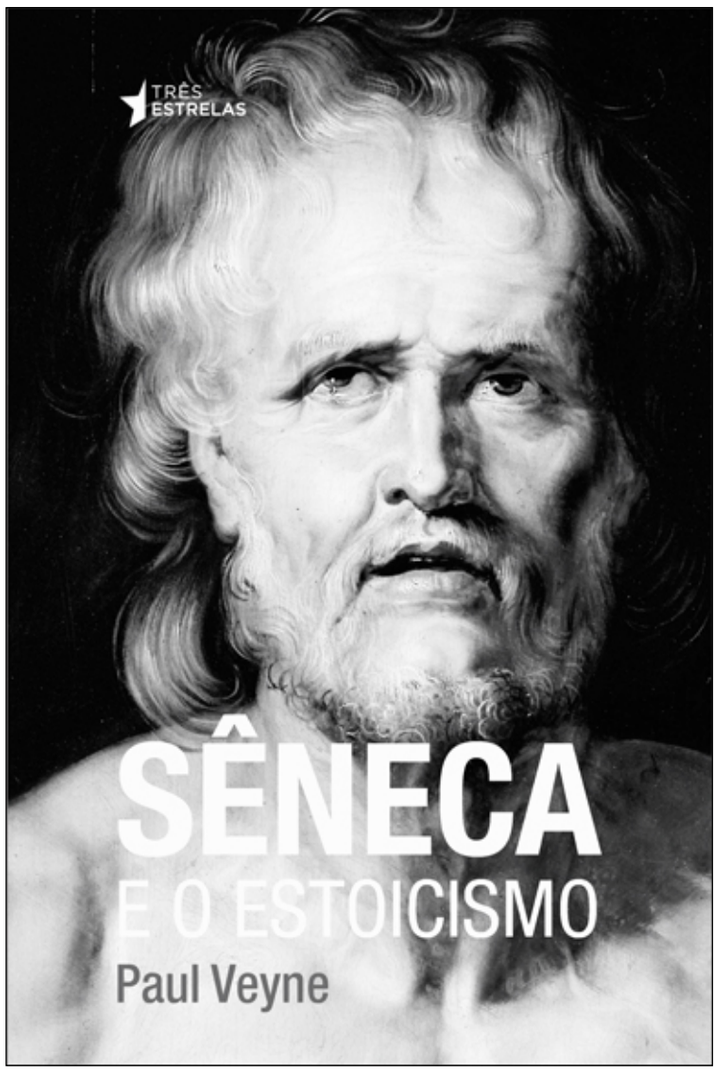
La epopeya de la clausura

Séneca, brevísima estampa

Christopher Domínguez Michael

Paul Veyne, el gran erudito francés de la Antigüedad clásica, es autor de un *Séneca y el estoicismo* (1993), recomendable por la pureza de su método. En el espacio suficiente de una pequeña biografía crítica y de una escueta reseña bibliográfica de cada tratado del filósofo, Veyne (1930) logra algo más que introducirnos a Séneca: libra al clásico del desgaste del uso, digámoslo así, y lo restaura casi como si fuera una novedad en el comercio de las ideas.



Séneca el joven (3 a. C.-65 a. C) nació en Córdoba, en la Hispania romana. Hubo quien se empeñó en verlo como abuelo del pensamiento español aunque escribir en latín era la forma privilegiada del universalismo. Preceptor y amigo de Nerón, fue obligado a suicidarse por este emperador. Gracias al testimonio de Tácito (*Anales*, XV, 62-64) conocemos los detalles de su muerte: su sangre corría lento por lo cual se hizo abrir de los brazos, los muslos y las pantorrillas. Desangrado pero aún consciente pidió al médico un veneno que tampoco actuó con celeridad.

Al final lo asfixió el vapor de la estufa doméstica.

Veyne, también autor de *La elegía erótica romana* (1983), explica la verdadera política de Séneca, distante de la noción neoclásica que enfrenta al tirano contra el sabio, al poder político con la libertad intelectual. Esa ecuación no se planteaba en semejantes términos durante el siglo primero. Sólo la clemencia, ajena al imperativo ético, distinguía al tirano del buen monarca. La tradición humanista quedó desgarrada, después, ante el abismo entre Séneca, millonario y disoluto, y sus doctrinas. Veyne encuentra irrelevante esa herida.

En aquella época el ejercicio de la filosofía era función exclusiva y profesional de las sectas. Se era estoico o epicúreo antes que filósofo. La gente de Epicuro, rivales del estoicismo, tenía las mismas raíces. Sus diferencias eran de grado, es decir, políticas. El epicureísmo aspiraba a liberar al hombre de las ilusiones del mundo; los estoicos vindicaban la conformidad o el justo medio, la aceptación de la canallesca realidad.

Paul Veyne nos previene en el sentido de que es muy difícil para un moderno ser un verdadero estoico. Todo nos separa del senequismo: sus ideas de virtud, la práctica de los placeres o su noción de conciencia nos son ajenas. Pero también para Séneca era casi imposible ser un estoico al estilo del presentado por las historias de la filosofía. Para él fue un predicamento vivir de acuerdo a su propio filosofar. No era lo mismo —lo sabía— exaltar la indiferencia del sabio ante la tortura que sufrirla. Acaso había estoicismo pero no estoicos. [1993] **u**